

ría en multitud de Estados con vocación nacional y voluntad de pertenecer a Europa, y que las propias ciencias sociales evolucionarían en un sentido algo distinto del anticipado por Piaget y Kohlberg o Durkheim y Mead. Se echa en falta, por tanto, en *Las identidades* una revisión actualizada de los principios que sustentan

la doctrina de Habermas, complementando su exposición. Quizá sería un buen motivo para una segunda edición ampliada (que corrigiese, además, alguna de las numerosas erratas que pueblan ésta, particularmente en los nombres propios).

Schmit, Mouffle, Lhuman, Tallcot Parsons...

## LEER A FREUD

Moisés González

CARLOS GÓMEZ,  
*Freud y su obra. Génesis  
y constitución de la Teoría  
Psicoanalítica,*  
Madrid, Biblioteca Nueva -  
Asociación Psicoanalítica de Madrid,  
2002, 379 pp.

El rechazo sufrido inicialmente por el psicoanálisis se vio compensado, a lo largo del siglo XX, por una enorme marea de difusión y su influencia en los más diversos campos de la cultura. Sin embargo, tal popularización se ha visto acompañada, la mayoría de las veces, por un profundo desconocimiento —cuando no sencillamente tergiversación— de sus postulados básicos. Pues no sólo se trata de que, al divulgarse, una teoría pierda en precisión, como puede suceder con el pensamiento de Kant o el de cualquier otro autor. Es que, en el caso de Freud, y casi sistemáticamente, se alude o se utilizan sus conceptos, creyendo incorporarlos, precisamente cuando el uso que se hace de los mismos no cesa de negarlos. Y esto, no ya sólo en la vida cotidiana (en la que las

alusiones al Edipo o la castración, los actos fallidos, la envidia del pene u otros avatares por el estilo se ha vuelto común, aun si un tanto pintoresca —cuando no, como el propio Freud temía, «tema de frívola conversación»—), sino incluso en producciones teóricas, en las que no es infrecuente, por ejemplo, confundir el concepto de Inconsciente (*Unbewusste*) con el de Subconsciente (*Unterbewusste*), lo cual, más allá del problema terminológico, trunca todo el esfuerzo freudiano y la comprensión de sus aportaciones; y algo similar sucede —por aludir tan sólo a otro de los pilares fundamentales de la teoría— al tomar por represión (*Verdrängung*) lo que se podría denominar supresión (*Unterdrückung*) en español, a falta de una diferenciación como la que hacen al respecto el alemán o el francés (al hablar éste, para referirse a esos conceptos, de *refoulement* o de *répression*, respectivamente).

De acuerdo con todo ello se le atribuye a Freud el propósito de encaminarse, aunque fuera asintóticamente, hacia una supuesta «liberación sin trabas», cuando a él le parecía que semejante meta no era sino

una quimera espoleada por la fantasía del perverso, puesto que, como observara ya desde muy temprano, «la educación no puede basarse sino en el displacer», que es otra manera de formular la ecuación en la que insistirá en sus estudios finales sobre la sociedad, según la cual cultura equivale a represión, pues una cultura sin tabúes, o, si se quiere, sin diques represivos firmemente establecidos, es algo así como un círculo cuadrado. Graves equívocos prolongados asimismo, por poner un ejemplo más, con las en su tiempo manoseadas tesis de Herbert Marcuse, convertido en el promotor de una utopía vocinglera y a la vuelta de la esquina, olvidando que, pese a sus proyectos —sin duda más animosos que los del propio Freud—, pergeñó conceptos como el de «desublimación represiva», según el cual la vuelta de pulsiones previamente sublimadas a actividades directamente sexuales no eran siempre índice de una efectiva emancipación, sino, en muchos casos, la coartada de una cultura represiva que hacía gala de sus más férreos controles cuando todo —los reclamos publicitarios, los sobreentendidos, la desenvoltura de las gentes, la festividad narcisista con que se autofelicitaban por sus logros y la altura de los tiempos alcanzada— parecía desmentirlo.

Y, sin embargo —y como decía nuestro Antonio Machado—, «hay siempre un ascua de oro en ese incendio de teatro». A esas ascuas, en efecto, ha tratado de sacarle buena punta lo mejor del pensamiento filosófico contemporáneo, que, de un modo más o menos frontal, no ha tenido otro remedio que confrontarse con Freud. De las tres grandes corrientes del pensamiento de la pasada centuria, la filosofía analítica se vio menos afectada por los postulados freudianos —aunque Wittgenstein se refirió ocasionalmente a ellos—, pero en las otras no ha dejado de

hacer sentir su profunda huella, bien en el plural espectro del marxismo (de Ernst Bloch a los frankfurtianos —Fromm, Marcuse, Adorno, Horkheimer, Habermas—), bien en la hermenéutica (Ricoeur). Y si a ello se agrega el peso de la reflexión psicoanalítica en buena parte del estructuralismo y el postestructuralismo (Althusser, Lacan, Deleuze, Foucault), amén del hecho de que en ocasiones se ha querido hacer de Freud uno de los padres de la, hasta hace poco al menos, tan traída y llevada postmodernidad, podemos hacernos una idea del inmenso bocado que Freud dio a rumiar y a digerir a la posteridad, que lleva ya un siglo tratando de integrar su teorización en los más diversos campos (de la teoría psíquica a la sociología, de la antropología a la filosofía política, de la ética a la filosofía de la historia o la crítica de la religión), en todos los cuales, y para decirlo con palabras de Horkheimer, el psicoanálisis se ha convertido en una de las *Bildungsmächte*, en una de las piedras angulares, sin las que nuestro pensamiento no podría plantearse los problemas como en nuestro presente nos vemos forzados a hacerlo.

Todos esos autores y problemas ya habían sido tenidos en cuenta por Carlos Gómez en su anterior *Freud, crítico de la Ilustración* (Barcelona, Crítica, 1998), actualmente agotado, pero en el presente estudio, *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría Psicoanalítica*, ha realizado el esfuerzo de ofrecer una visión sintética del pensamiento freudiano, combinando los criterios cronológico y sistemático, para dar cuenta, a la vez, de un orden conceptual y de su dinamismo interno, señalando las rupturas y las continuidades que en la obra de Freud se producen, para que esa obra —con sus logros, pero también con sus contradicciones, sus progresos y sus puntos oscuros— nos haga pensar en vez de convertirla en

un cuerpo momificado de conceptos. Del rigor de sus planteamientos da idea la excelente acogida que el libro ha recibido en los medios profesionalmente psicoanalíticos —en muchos de los cuales su libro se ha incorporado como obra de estudio para los psicoanalistas en formación. Pero naturalmente, ese rigor no trata de restaurar un imposible «auténtico» Freud, el Freud verdaderamente ortodoxo frente a todas las desviaciones, pues, como nos sucede con cualquier otro clásico, nuestra lectura no puede ejercerse sino después de muchas otras, lo que exige algo así como una cierta «freudología». Sí, desde el punto de vista filosófico, ya hemos indicado las principales perspectivas que Carlos Gómez tiene en cuenta, desde el aspecto más propiamente psicoanalítico, su lectura —como él mismo reconoce— es en buena medida deudora del psicoanálisis francés contemporáneo (Mannoni, Anzieu, Lacan, Roudinesco y, sobre todo, Jean Laplanche —tanto el del afamado *Diccionario de psicoanálisis* como el de los cinco volúmenes de *Problemáticas* y otras obras—), cuyas interpretaciones son oportunamente indicadas, junto a otros enfoques o perspectivas.

Gracias a todo ello nos encontramos con una obra en la que los aspectos técnicos, teóricos y de crítica cultural son expuestos con densidad y precisión, a las que no les es en absoluto ajena un afán de claridad, que, en vez de simplificar las cuestiones —el mejor modo para acabar complicando las cosas—, trata de encontrar hilos de sencillez que expliquen y vertebren la complejidad de los puntos de vista expuestos. Así sucede en lo relativo a los conceptos metapsicológicos y las teorías de las pulsiones, los sueños y la teoría sexual, las formaciones de compromiso y las estructuras psicopatológicas, las teorías del trauma, de la angustia y de la castración, la sexualidad femenina

o la psicología de las masas, por citar sólo algunos de los conceptos nucleares abordados, tanto a través de las obras capitales de Freud (*La interpretación de los sueños*, *Tres ensayos para una teoría sexual*, *Introducción al narcisismo*, *Más allá del principio del placer*, *El yo y el ello*, *La disolución del complejo de Edipo*, *El problema económico del masoquismo*, etc.), como por la consideración de muchos otros artículos de menor envergadura, pero no menos relevantes.

Ni una simple «introducción» a Freud —que no nos permite calibrar la articulación de sus aportaciones, pese al valor de algunas de las existentes— ni una monografía, que repare en éste o el otro aspecto de su producción (de alguno de los cuales, como decimos, ya se había ocupado anteriormente), el lector agradecerá el esfuerzo de síntesis y de interpretación de conjunto de esta obra, que viene a colmar así una laguna en la inmensa bibliografía freudiana, en la que, sin embargo, no contábamos con estudios de porte similar. Bastará que el lector eche un vistazo al detallado índice de la obra para que repare en lo que decimos, si bien la lectura de la misma no sólo no defraudará, sino que cumplirá con creces las expectativas en él anunciadas, enhebrando los pasajes más densos y complejos con un excelente ritmo de exposición y oportunas referencias biográficas, análisis de sueños o historias clínicas. Todo lo cual nos permite abordar en el último capítulo las implicaciones filosóficas de esa urdimbre, desde la crítica a la concepción del sujeto en la modernidad a los conceptos éticos, políticos o de filosofía de la historia (expuestos en obras como *La moral sexual «cultural»* y *la nerviosidad moderna*, *Tótem y tabú*, *Sobre una degradación general de la vida erótica*, *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, *Duelo y melancolía*, *Psicología de las*

*masas y análisis del yo* o *El malestar en la cultura*, entre otros).

La proximidad a las tesis psicoanalíticas en la fecunda lectura propuesta por Carlos Gómez, desde el andamiaje al que hemos aludido, no le exime de hacerse cargo de los problemas no resueltos o de criticar las contradicciones o unilateralidades en las que, en ocasiones, Freud parece incurrir. Pero, a su entender, son las tensiones que ese pensamiento alberga las que le otorgan mayor valor filosófico y una inconfundible pe-

culiaridad. No es el menor de los méritos de esta obra haber sabido resaltar, en su contraste, esa multiplicidad de puntos de vista que Freud trata de conjugar, destacando, en medio de ellos, las orientaciones que tratan de vertebrarlos. Conjuga así por su parte, el autor del presente estudio, el rigor, el análisis detallado y la multiplicidad de fuentes desde las que realiza su lectura con el esfuerzo sintético que destaca problemas cruciales con los que el pensamiento de nuestro tiempo se ha de enfrentar.